Año VII — BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1910 — Epoca 4.ª—Número 1

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y Administración: Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

SALUD

Al reaparecer á la luz pública en Barcelona TIERRA Y LIBERTAD, saluda fraternalmente á la prensa sindicalista y anarquista, á los perseguidos y presos por cuestiones sociales y muy especialmente á las víctimas de la represión española y argentina, cuyas naciones, en estos últimos meses, han enseñado á la clase trabajadora, que son igualmente tiránicas las monarquías y las repúblicas.

Agradecemos á todos los compañeros las cartas que nos han escrito felicitándonos por haber regresado de la emigración, del destierro y de la cárcel.

A todos ofrecemos nuestras columnas y en favor de todos lucharemos.

OTRA VEZ Á LA TAREA

¿Habéis visto el afán del niño empeñado en coger el movedizo reflejo del sol producido por un espejuelo agitado por su aya?

Así es el empeño de los gobernantes, servidores del privilegio desde el poder, en repúblicas ó monarquías, persiguiendo la idea.

La idea es algo que materialmente no es nada, infinitamente menos que la tenue raicilla ó la débil gota de agua que socavan ó taladran rocas y transforman cordilleras, pero parte istmos, horada montañas, surca los mares con grandes y rápidos trasatlánticos, cruza las tierras con innumerables kilómetros de vías férreas, penetra con submarinos en los fondos de los mares y se eleva á la atmósfera en dirigibles y areoplanos, después de haber embellecido artísticamente la vida, unido y confundido razas, desvanecido religiones, destruído imperios y sometido al cálculo, á la observación y al conocimiento la existencia de los infinitamente pequeños y de los infinitamente grandes, y haber extendido el poder productor del hombre hasta transformar mecánica y rápidamente la primera materia en producto dispuesto para el uso y el consumo.

Contra la idea, incoercible é indestructible, se agitan hoy los privilegiados mandarines del mundo, desde los sanguinarios oligarcas de la República Argentina hasta el asustado solitario de Sanpetersburgo en medio de sus 105 millones de vasallos.

España también toca pito en la barbarie gubernamental y en la absurda persecución de la idea, con Maura, cínicamente reaccionario, y con Moret, hipócritamente liberal.

Tras de Maura va la chusma de aristócratas, santurronas, frailes, clérigos, clerizontes y adinerados, de los que mangonean en la banca, en la bolsa, en la industria, en el comercio y en el extenso campo del negocio.

A Moret le sigue la caterva de liberales, demócratas y radicales de relumbrón, amalgama de jefes utilitarios, y de la masa de cándidos republicanos y socialistas de tercera, de los que tienen callos en las manos; de acuerdo los primeros en sostener lo presente y en sacar partido del parlamentarismo, de esa especie de repugnante subasta en que se adquieren posición brillante y pingües riquezas con pujas de deshonra, de desvergüenza y de complicidad en el mal, y convertidos los segundos, es decir, los trabajadores votantes, sean republicanos ó socialistas, en *esquirols* de la Revolución Social. Sí, repitámoslo para que se grabe en la memoria y en la conciencia de todos: trabajadores políticos, cómplices de insanos oportunismos, engañados con el timo del puente; sois *esquirols* de la Revolución Social.

En tal situación y ante tales situacioneros, pasado el chubasco maurista y en medio de la niebla moretista, reaparece TIERRA Y LIBERTAD, dispuesta á oponer verdad negativa al privilegio y á los sofismas y desviaciones de sus servidores, y á exponer verdad afirmativa á los proletarios, á los desheredados del patrimonio universal, á los que pasan y pierden la vida dando riqueza por accesión á los propietarios, ofreciéndoles la participación que les corresponde en la gran herencia humana cuando por la huelga general revolucionaria sean merecedores y tengan aptitud para gozar de la sociedad libre post-revolucionaria.

Hoy ya la Revolución no es obra del sentimiento, ni profecía apocalíptica, es convicción científica, y más trascendencia social se concede en buena lógica á un sencillo obrero sindicalista que al más teatral tribuno, y, por tanto, se sabe que en Sociología, paliar el mal,—aunque sea con hechos tan celebrados como los sugeridos por el misticismo caritativo (la limosna), por el altruismo filantrópico (el donativo), por el egoísmo económico (el ahorro) ó por el charlatanismo político (el voto)—, es perpetuarle.

Todo el que, racionalmente equilibrado, se considere en comunidad recíproca de deberes y derechos con sus semejantes, no puede sentirse libre de responsabilidad en sus privaciones y sufrimientos porque haya socorrido con el óbolo caritativo ó filantrópico al indigente, ni creer que ha hecho cuanto tenía que hacer cuando ha limitado la satisfacción de sus necesidades morales ó materiales, ó ha echado una candidatura en la urna electoral; ni puede haber cacique disfrazado de caudillo ó de tribuno que justifique su exaltación doctrinal y representativa sobre el pueblo considerándole como menor, como dirigible, como eterno incapacitado.

Con tal criterio y con tal propósito, de vuelta de la cárcel y del destierro, venimos otra vez á ofrecer á la Anarquía el homenaje de nuestra actividad y de nuestro entusiasmo.

***

Escrito lo anterior, ha sobrevenido el cambio político que ha puesto á Canalejas en el lugar que ocupaba Moret. Detalle insignificante que no inutiliza el trabajo hecho: ponga el lector el nombre del uno donde se halla el del otro y verá que conserva exactamente el mismo sentido. El artificio político no varía manéjele Juan ó manéjele Pedro.

Una cosa es predicar...

Poco ha faltado para que los católicos actuales, descendientes de aquellos cristianos primitivos que en cuanto principiaron á ser fuertes numéricamente, después de la persecución de que fueron objeto durante los primeros cuatro siglos de cristianismo, se lanzaron al incendio y al saqueo de los templos del paganismo, no dejando títere divino con cabeza, poco ha faltado, repito, para que nos negaran la sal y el agua porque *la historia se ha repetido*, esta vez en daño suyo.

Yo no diré si está bien hecho ó mal hecho que se incendie y se cometan excesos de peor cuantía; pero ¡qué caray! estos señores reaccionarios podían haber tenido en cuenta el mal ejemplo que sus antepasados, al principio tan mansotes y amantes del martirio y después rebelándose contra la imposición pagana, dieron á estas multitudes obreras, devotas de un nuevo ideal social, que en un momento *de locura*, como diría un buen republicano conservador, se les subió la secular mansedumbre á la cabeza y quisieron el desquite, este mismo desquite con que aun sueñan los católicos que por ahí mitinean con vistas al incendio de universidades.

Tienen todos los partidos ocupantes del poder un grave defecto: el de creerse poseedores de la verdad absoluta y, por lo tanto inmutable, y los hombres que les representan el más grave defecto de creerse dioses. Y como que con los dioses no puede discutirse, sea porque están muy altos y no pueden oirnos, ó sea porque, como con los locos, hay que dejarles con su manía, no perderemos el tiempo yendo á averiguar si ellos ó nosotros están ó estamos en lo cierto en materia de doctrina.

Queremos, sí, hacer notar el extraño ilogismo suyo que les lleva á negarnos el derecho á la propaganda aun en el mismo instante que afirman concedérnoslo.

Don Segismundo Moret, el dios de turno, reconoció, en su discurso del 3 de diciembre de 1896 en el Ateneo de Madrid, que «en la doctrina anarquista hay algo que no puede despreciarse, ni aun mirarse con indiferencia: la crítica de la sociedad actual, el cuadro sombrío de los medios empleados para convertir la acción del Estado en beneficio de los menos, que no son tampoco los mejores ni los más dignos», crítica que «se impone á la consideración de todos los espíritus reflexivos y á la meditación de los hombres públicos».

El Sr. Moret debe haber olvidado ya estas palabras, por cuanto, no sabemos si por impulso propio ó empujado por los más dogmáticos de su campo monárquico, sostiene presentemente que no debe permitirse ni transigirse con la propaganda de una doctrina que ataca «la sociedad, la religión, la patria, la familia» y no sabemos si más cosas. Frescas están todavía sus declaraciones á los chicos, muy chicos, de la prensa burguesa.

El hombre que tan bien supo exponer en el Ateneo de Madrid la doctrina anarquista, no cayendo entonces en la vulgaridad de afirmar, como ahora, que ataca instituciones que, como la sociedad y la familia, están á cubierto de toda destrucción, no se ha dado cuenta de que si sus recientes declaraciones se llevaran á la práctica nos invalidarían el derecho á aquella crítica que «no puede despreciarse ni mirarse con indiferencia».

El Sr. Moret sabe perfectamente que sería pueril hacer un distingo entre *propaganda* y *crítica*. De admitir el derecho á la crítica de todas nuestras actuales instituciones sociales, ha de reconocerse también el derecho á la propaganda de la reforma ó de la transformación que la crítica sugiere. No vamos á contemplar eternamente sin tratar de corregirlas las defectuosidades sociales. Y si la crítica anarquista es tan *apreciable* como afirmó el señor Moret, ¿por qué regla de tres no ha de concederse á la propaganda de la doctrina que de ella deriva la carta de ciudadanía que se nos niega, y más teniendo en cuenta que los defensores de las instituciones sociales presentes no han sabido, no ya superar, ni imitar siquiera aquel admirable espíritu crítico de que los anarquistas han dado muestras? Tenemos actualmente una ley llamada de jurisdicciones, el Sr. Moret debe conocerla, que se da de bofetadas con la admiración que dicho señor siente por la crítica anarquista. La contradicción moretista viene á decirnos: vuestra crítica es justa, lo reconocemos; nuestras instituciones están pidiendo á toda prisa un soberbio remiendo; pero... no atacaréis esto, lo otro y lo de más allá porque... porque no queremos remendar nada.

Y he aquí cómo el Moret del Ateneo de Madrid y el Moret de la ley de Jurisdicciones «nos da motivo á pensar que el Estado no es la encarnación viviente de la justicia; nos deja creer y hacer ver que es sólo la encarnación de la fuerza, y que ésa está al servicio de los que ya han llegado, y por haber llegado olvidan el camino que han seguido, siendo la revolución la última esperanza de los desheredados» (pág. 39 del susodicho discurso).

Afortunadamente, si los dioses gubernamentales están todavía por las imposiciones, los tiempos no, que van variando, y los leguleyos que desoyen sus propios consejos son impotentes para detener su avance. La sociedad, la religión y la patria que «benefician á los menos, que no son los mejores ni los más dignos», se derrumban, con ó sin crítica anarquista, porque carecen de aquella virtualidad evolutiva que modifica las cosas adaptándolas al nuevo ambiente. Nuestras actuales instituciones mueren por dogmáticas tanto como por injustas. Ellas han querido decir á la razón humana: «non plus ultra» y la razón contesta con una carcajada.

Y una carcajada, una benévola carcajada es todo lo más que merecen los dioses gubernamentales que tienen la ridícula pretensión de poner límites y trabas á la emisión del pensamiento. En su marcha ascendente la humanidad se burla de los Maura ferozmente dogmáticos, de los Moret ladinamente estacionarios, de los Clemenceau reformistas de menor cuantía y de los Pablo Iglesias dispuestos á imitarles su legalomanía.

Dioses, y como todos los dioses, vacíos y contradictorios.

JOSÉ PRAT

El actual momento histórico

El régimen social que padecemos atraviesa hoy una de esas crisis de las que no podrá salvarse á pesar de todos los esfuerzos de sus defensores. Crisis en el orden político, en el económico, en el religioso y hasta en el jurídico. En ningún momento, en ninguna época de la historia, ya sea antigua ó contemporánea, pudo afirmarse más rotundamente que la organización social vigente está en plena bancarrota.

En el orden político ha fracasado porque á pesar de todas las leyes sancionadas para que sirvieran de sostén, éstas no sirvieron para otra cosa que para negar su eficacia, negando así el principio fundamental de todo estado; la disciplina social y el principio de autoridad.

El Estado, por sus fundamentos, tiene que estar supeditado al pasado, sin que en sus entrañas, cerradas á cal y canto, puedan entrar las nuevas corrientes sociales que señalan para un porvenir no lejano la libertad de los pueblos, viviendo con toda su integridad material y espiritual.

El análisis que del Estado hizo la sociología, unido á la ignorancia de los estadistas, preparó su ruina total, porque las úlceras que una pequeña gasa cubría pusiéronse al descubierto, y tras esto la falta de consistencia vino á incapacitarle para dirigir á los pueblos. En vano se pretendió el cambio de forma. Desde el gobierno teocrático hasta la república con su régimen representativo, con la autonomía de los municipios y regiones han fracasado, porque el Estado, que es el principio de autoridad, es la negación de toda libre iniciativa, de todo progreso social y humano.

El Estado es la representación de la muerte moral y material de los pueblos. En todas las épocas no sirvió más que para detener la evolución de las sociedades humanas en su marcha constante y eterna. Tras aquel hermoso florecimiento de las artes y las ciencias, que tuvieron su cuna en la Grecia y que más tarde se extendieron á Roma, surgió la gente del Galileo con una fuerza avasalladora que la condujo al triunfo, á dirigir los pueblos de acuerdo con los pensamientos de aquel loco que vino á negar la vida y los placeres humanos y nos trajo la muerte: Cristo.

Tras el triunfo del cristianismo con su ala de muerte, un soberbio ataúd se extendió sobre el mundo, y todo lo que viviera lozanamente fué muerto á golpe de hacha. La humanidad se empantanó. Fué necesario que un enorme baño de sangre se extendiera por la tierra llamando á los pueblos á una nueva cruzada que libertara al pensamiento, á las artes y á las ciencias de las garras de la Teocracia. Y como un toque bronco, anunciador de una Alborada, surgieron los Atlantes de la cruzada libertadora: Hus, Bruno, Copérnico, Laplace, Galileo GALILEI, que entre las rejas del presidio y las llamas do fueron quemados, prepararon los fundamentos sociales y humanos por que se habrán de regir los pueblos en el porvenir. Ante aquel sacudimiento, la humanidad levantóse como de un sueño y surgió primero Lutero con su Reforma en pelea abierta con los obispos, señores de vidas y haciendas, y aconsejó á los pueblos el examen de las *sagradas escrituras;* surge entonces Gronwell revolucionando al mundo y crea el régimen parlamentario, y detrás viene aquel soberbio terremoto que se llamó Revolución francesa.

Estas cuatro fuerzas, surgidas unas de otras, puesto que eran complementarias, crearon un nuevo *contrato social* y abrieron nuevos caminos al pensamiento humano.

Si bien de algunos pueblos pudo barrerse el poder teocrático, éste siguió hasta el siglo XIX rigiendo algunos y creando dificultades á otros para detenerlos en su movimiento evolutivo y revolutivo. Pero ya á mediados del anterior siglo, ante la nueva fuerza revolucionaria surgida con la Internacional de los Trabajadores y por el impulso de Garibaldi, el poder teocrático cae reducido á polvo. Y bien; el Estado cambia de forma: en unas partes se hace autocrático, mesocrático, etc., etc.; y á pesar del cambio, la libertad continúa siendo desgraciada, como una Magdalena perseguida y maltratada por los eternos sicarios. El Estado, en todas sus formas, jamás pudo ni podrá armonizar el principio de autoridad con las ansias de libertad de los pueblos que son su vida. El Estado constantemente pierde sus fuerzas, y hoy las continuadas crisis debilitan de tal manera su savia que le hace perder la vitalidad y, como consecuencia, se inutiliza para mantener la disciplina en los componentes del organismo social.

Esa es la actual situación del Estado en la mayoría de los pueblos de Europa y América, llegándose al punto que en algunos el desorden es completo y su vida imposible ante la marcha de la revolución social que tuvo principio en la revolución política de 1780-93, que llevó á un rey á la guillotina y paseó triunfante por el *Campo de Marte* la bandera roja de las reivindicaciones sociales y humanas.

***

El poder económico de la actual organización social está en completa bancarrota.

Toda revolución política ó social, si bien se debe al impulso de pequeños núcleos sociales, su origen, *el por qué*, es debido á varios factores que influyen poderosamente en la vida de las sociedades